

CAPITULO LVII.

Formacion del ejército para oponerse á los franceses.—Propósitos del Rey.—Rendicion de Fuenterrabia y San Sebastian.—Penosa retirada del ejército de Berwick desde Cataluña.

EN tanto tales manifestos se cruzaban y ambas naciones protestaban de que ni una ni otra movía sus ejércitos por ambiciosas miras ni por enemistad de los propios soberanos, sino la una por librar á Francia del desatinado gobierno del regente y la otra por hacer que cayera en España un ministro extranjero, que con sus desaciertos iba á causar irreparables males, los ejércitos de ambas se movieron, y el rey D. Felipe salió de Aranjuez acompañado de la Reina, el príncipe de Asturias y el Cardenal, dirigiéndose á Navarra.

Grandes dificultades tuvieron que vencerse para formar un ejército de quince mil hombres, que, como fácilmente puede comprenderse, no era ni con mucho lo que se necesitaba para oponerse á la marcha del ejército francés y librar la plaza de Fuenterrabia, que, como sabemos, tenían ya sitiada.

El mando de estas fuerzas se encomendó al príncipe Pío, y aunque este general y Alberoni se opusieron grandemente á ello, no pudieron conseguir que desistiera el Rey de su propósito de ponerse al frente de las tropas y marchar sobre la plaza sitiada, pues esperaba que su presencia influiría en sitiados y sitiadores, dando lugar á que unos se animaran y otros se desbandaran.

Las prudentes razones que el príncipe Pío alegara no fueron bastantes, y lo mismo sucedió al Cardenal, que algun tiempo despues decía en sus Memorias, refiriéndose á este punto: «A mí se me achaca cuanto de malo ocurre, y el reves que resultaría de una tentativa de esta naturaleza justificaría todavía más lo que se dice vulgarmente, que mis proyectos extravagantes no pueden acabar de otro modo, y que nada bueno se puede esperar siguiendo los consejos de un lunático.»

El Rey, sosteniéndose firme en su empeño, siguió avanzando, en la creencia de que su presencia sería causa de que las tropas francesas se le unieran. A dos millas de Fuenterrabia suspendió su marcha, contrariado en extremo, pues recibió la noticia de que despues de una regular defensa, que más hubiera podido extremarse, la plaza se había rendido el 18 de junio de 1719.

Del mismo modo que en Italia, la escuadra inglesa protegía descubiertamente á los enemigos de España, amparando el paso de los refuerzos de tropas alemanas, que sin cesar llegaban; en la costa del Cantábrico hacían lo mismo, y sirviéndose de tres navios ingleses, un cuerpo de tropas francesas atacó la plaza de Santoña, rindiéndola poco despues.

Desembarcadas estas tropas causaron grandes destrozos, y como la actividad de Alberoni había sido tan grande que en todos cuantos puntos fué posible había realizado aprestos, los franceses pudieron inutilizar allí gran cantidad de ellos, quemando un navio y otros que estaban en construccion.

Despues de haberse apoderado de Fuenterrabia, el mariscal duque de Berwick mandó sitiar á San Sebastian, poblacion que se rindió bien pronto, contra lo que los franceses esperaban. De este modo en poco tiempo, sin haber experimentado reves alguno y con muy pocas pérdidas, terminaron su campaña por aquella parte, pues á las Provincias Vascongadas que envió representantes para manifestar que prestarían obediencia y sumision al Gobierno frances siempre que les conservara sus fueros y libertades, contestó en extremo disgustado, que no podía en modo alguno hacer concesiones de cierto género, pues aquella guerra no se había emprendido con ánimos de realizar conquista, sino con objeto de hacer comprender al rey de España las fatales consecuencias de aquella política de intrigas y sorpresas que Alberoni le aconsejaba.

Despues de esto, extrañó á todos que el general frances, habiendo conseguido aquellos triunfos en Guipúzcoa, retrocediera hasta el Rosellon, con objeto de hacer una nueva entrada por Cataluña. Esto, como se comprende, no podía obedecer más que á una sugestion del amor propio de Berwick, que recordaba sus triunfos en aquella parte de la Península, cuando servía al rey de España.

Grandemente disgustado D. Felipe por la marcha de los asuntos, y tal vez comprendiendo que iban á ser ineficaces todos los buenos deseos, si no lograban reunirse más fuerzas, se retiró á la corte, ordenando que su ejército ajustara los movimientos á la marcha del enemigo.

Berwick, en tanto, segun él había pensado, hizo su entrada por Cataluña, apoderándose de Urgel y sitiando á Rosas; mas en este punto pudo comprender que cuando la fortuna se muestra complaciente desde un principio, hay que desconfiar, pues en extremo mudable, cambia pronto trocando en amargos desengaños las ilusiones que nos hizo concebir.

Veintinueve navas de las que estaban destinadas á coadyuvar al sitio de este último punto fueron sorprendidas por una horrible borrasca, destrozándose por completo. Este terrible contratiempo fué causa de que, despues de haber estado el ejército más de veinte dias frente á la plaza, tuviera que retirarse al Rosellon.

Fué aquella una horrible retirada, pues sin que el ejército español le molestara en lo más mínimo, lo crudo del tiempo, las enfermedades que sufrían y las privaciones que experimentaban fueron causa de que por todo el camino iban quedando hombres

muertos y objetos abandonados, como si fuera una huida despues de una sangrienta batalla.

Belando, en su *Historia civil*, al referir el estado en que se hallaba el ejército al retirarse, dice: «Se miraba toda la tropa tan destruída, que con la desercion, enfermedades, falta de víveres y forrajes, no había batallon ni escuadron al que no faltara más de la mitad de la gente. Muchos soldados hubieron de llevar los caballos de las riendas, porque ya no les quedaban más que la piel y los huesos, y algunos oficiales llegaron á Montalvan, confesando que apenas se hallaba quien llevase las banderas. De manera que el ejército se halló en un extremo tan lastimoso, que si la caballería española le sigue, Berwick y toda su gente hubieran quedado prisioneros (1).»

Como hemos dicho, nuestro ejército no les molestó, y el general frances, aunque destrozado, pudo sentir la satisfaccion de demostrar á Alberoni que la realizacion de sus ambiciosos planes no era posible.

En tanto que esto sucedía en nuestro territorio, la suerte nos perseguía con sus rigores en Italia. Como hemos dicho, el marqués de Lede había recibido orden de evitar los encuentros de que pudieran resultar batallas generales, manteniéndose á la defensiva, para evitar bajas en las tropas y economizar gastos, que siempre eran mayores moviendo y exponiendo el ejército á los combates.

Nuestras fuerzas se sostenían en las trincheras de Melazzo, que con tanto valor y denuedo habían conquistado, cuando el general recibió la noticia que un refuerzo de doce mil alemanes estaba para llegar á aquel punto.

El ejército de que podía disponer no era suficiente para poder sostener el encuentro, y por esto, y en obediencia de las órdenes que había recibido, abandonó las posiciones en 28 de mayo de 1719, retirándose con gran cautela y sigilo para poder realizar el movimiento, pero advertido éste por el enemigo, lo atacó por dos partes, obligándole á hacer una rápida marcha, replegándose sobre Francavilla.

Por más que hizo no pudo al fin evitar la batalla que el ejército alemán le presentaba. La segunda formal que se veía obligado á sostener en Italia se le presentaba más terrible que la primera.

El ejército alemán contaba doble número que el nuestro, y se hallaba mandado por cuatro de los mejores generales que el Emperador tenía. Se hallaban allí los condes de Mercí y de Walis, el baron de Zumiungen y el de Skendorff. Ademas las fuerzas contrarias á las nuestras contaban con todo lo necesario, mientras que las españolas hacía mucho tiempo venían experimentando grandes y penosas privaciones.

El día 20 de junio de 1719, al romper el alba, principió el combate que duró todo el día. Ambas partes lucharon con valor y denuedo; mas justo es confesar, sin que á ello nos lleve el amor patrio, que los soldados españoles en aquel memorable día realizaron prodigios, pues ménos en número, se veían continuamente rodeados, siéndoles imposible avanzar sin grandes pérdidas.

La victoria permaneció indecisa gran parte del día, hasta que al fin, ántes de la noche, pudieron regocijarse de ella los españoles, si bien, como en muchos casos sucede, hizo lo mismo el ejército alemán, que creía haberla alcanzado; mas es lo cierto que los imperiales fueron los primeros en abandonar el campo, teniendo cinco mil bajas, y contándose entre los heridos el conde de Mercí y entre los muertos el general Rool y el príncipe de Holstein (2).

Entre nuestras bajas, menores que las del enemigo, se contaron muertos el general Carracholi y algunos brigadieres, resultando herido, entre otros oficiales de distincion, el teniente general caballero de Lede, hermano del general en jefe.

Verdaderamente era para admirar, y así se refiere que á todos sucedía, el valor indomable de aquellos soldados españoles que á una distancia tan grande de la madre patria, y sin esperanzas de auxilio alguno ni aun de poder cubrir las bajas que se les ocasionaban, estaban sosteniendo una guerra tan terrible.

Es cierto que los naturales del país, que jamás habían mirado bien á los austríacos y que se hallaban doblemente irritados por las violencias y tiranías de que estaban haciendo víctimas á los infelices habitantes de Lipari, estaban unidos á ellos y les prestaban su concurso.

Y en tal manera sucedía así, que un historiador de aquella época dice que los hombres más rústicos y la gente del campo más inexperta meneaban las armas con tanta destreza como el arado.

Pero á pesar de esto poco era lo que podía adelantarse. El Emperador, directa y eficazmente protegido por la armada inglesa, estaba sin cesar introduciendo en Sicilia fuerzas numerosas á las cuales no podía contrarrestar el ejército español, sumamente debilitado ya por los destacamentos y guarniciones que tenía que cubrir.

(1) Toda esta parte de su historia la escribió Belando merced á los datos que le suministraban las cartas y notas originales de Macanaz, el cual parece que estaba en aquellos momentos en la frontera francesa y seguía correspondencia con el Rey.

(2) En este sentido se expresan Belando, *Historia civil*, p. II, cap. 46 y 47.—San Felipe, *Comentarios*, t. II.—Lutiza, *Historia de Alemania*, y otros.



HERÓICA RESISTENCIA DE MESINA.

CAPITULO LVIII.

Defensa de Mesina por los españoles.—Desembarco de los ingleses en Vigo.—Desconfianza del Rey en los planes de Alberoni.

RETIRÁRONSE los alemanes de las llanuras de Francavilla y se encaminaron á Mesina, con ánimo de sitiarla. Más de veinte días tardaron en llegar, sufriendo terriblemente en la marcha á causa de los malos y estrechos caminos que tuvieron que utilizar.

El 20 de julio de 1719 llegaron al frente de la plaza, cuya guarnición se preparó á llevar á cabo una heroica resistencia. El marqués de Lede corrió presuroso á socorrer la plaza, mas el ejército español carecía de víveres y los sitiados casi no tenían municiones. Esto favoreció grandemente á los alemanes, que, aunque á costa de sangrientos combates, lograron apoderarse de los fuertes avanzados, consiguiendo que el 8 de agosto se rindiera la ciudad al conde de Merci, pero con la condición de que accedería á cuanto los ciudadanos quisieran, promesa á que accedió y cumplió en todas sus partes.

Rendida la ciudad, aún continuó la ciudadela una tenaz y heroica resistencia. Estaba mandada por el bravo D. Lucas Espinola, que acudiendo á todas partes, dando acertadas disposiciones y animándolos á todos, centuplicaba las escasas fuerzas con que contaba, causando gran admiración las proezas que realizaron. El fuego de las baterías, cuyos disparos eran incesantes, el reventar de las minas, el humo que lo envolvía todo y las llamas que se levantaban formaban un cuadro aterrador, que con razón llegó á decir un historiador contemporáneo que parecía que habían formado los de Mesina otro Mongibelo, pues de día y de noche imitaba aquel encendido Etna, que no muy lejos de allí ardía.

Durante meses enteros se mantuvieron firmes aquellos valientes, sin más auxilio que el suyo propio, pues aunque el marqués de Lede intentó socorrerlos, tuvo que retirarse, pues recibió oportuno aviso de que se aproximaba un refuerzo de diez mil austriacos, que llegó el 20 de octubre de 1719.

Confiado el de Merci en esto, dispuso un ataque general con asalto, que él mismo mandó, pero ésta, como las otras veces que lo habían intentado, fueron rechazados, haciéndoles perder un considerable número de hombres.

Este triunfo, que tan malparados había dejado á los españoles, no cegó al valiente Espinola, que comprendió que, por grandes que fueran sus deseos y por terribles que fueran los esfuerzos que realizara, había de llegar un día en que, faltarle municiones y víveres, tendría que rendirse á la fuerza, por lo que trató de hacerlo entónces, que aún podía imponer condiciones.

Con efecto, el 28 de octubre ajustó la rendición de la ciudadela, pero en condiciones tan honrosas que más no podían ser. La guarnición había de salir libre y con armas, las banderas desplegadas y tambor batiente, y sin que se opusiera inconveniente en embarcarse para unirse al grueso del ejército español; condiciones que fueron exactamente cumplidas.

Al día siguiente los alemanes se posesionaron de Mesina y su ciudadela, y después de descansar algunos días, se movieron en dirección á Trapani, proponiéndose levantar el bloqueo que á esta ciudad tenían puesto los españoles. Aún se hallaban acampados fuera de la plaza, cuando llegó el magistrado de Marsala, ofreciéndoles la rendición de esta ciudad, que era la primera que en el territorio de Sicilia se sometía voluntariamente á los austriacos, ejemplo que no muchos días después siguió Marara.

Al mismo tiempo, y del mismo modo que los alemanes, se movía también el marqués de Lede, que al fin llegó á fijar su campo en Castelvetrano, Sica y otros lugares, donde se sostuvo, defendiéndose todo el invierno, y librando algunos combates parciales, pues aunque alguna vez llegó á proponer suspensión de armas, no podía asentir después á ella á causa de las inadmisibles condiciones que los alemanes ponían.

De todos lados nos venían males por entónces; en tanto que, debilitadas nuestras fuerzas en Italia y por faltarles hasta lo más necesario, perdíamos á Mesina, en Inglaterra se había estado preparando una flota, que se llamó la secreta, pues en su apresto se había tenido más sigilo y reserva, si se quiere, que el usado por Alberoni cuando envió la que condujo las fuerzas á Italia.

Suponían todos, y sobradas razones había para ello, que aquella flota venía contra España, y no se equivocaron, pues el 10 de octubre de 1719 apareció sobre la bahía de Vigo una escuadra de ocho navíos de línea con burletes y bombardas, más de cuarenta barcos de transporte y unos cuatro mil hombres de desembarco.

Sin que se les ofreciera la menor resistencia, los ingleses se apoderaron de la ciudad, y tres días después de haberlas atacado, eran dueños de las fortalezas. En los almacenes de Vigo se hallaban los pertrechos de las naves que se habían podido salvar de las que formaron la expedición de Escocia, los cuales fueron quemados todos.

Cuando tales noticias llegaron á la corte cundió un pánico indescriptible, pues se temió que los ingleses por un lado y los franceses por otro, pronto habían de llegar á hacerse dueños de todo el territorio; mas de la misma manera que Berwick se había replegado al Rosellon, los ingleses, después de saquear todos los pueblos abiertos de la costa, incendiándolo y devastándolo todo, volvieron á embarcarse, haciendo rumbo á Inglaterra de nuevo, lo cual manifestó bien claramente que no era su ánimo continuar

una guerra, sino vengarse por lo que nosotros habíamos ayudado al pretendiente de la corona de la Gran Bretaña, enviando la expedición á Escocia.

Para que todo nos viniera mal y nuestra situación fuera la más crítica y comprometida, Holanda, que gracias á las ventajas que los tratados comerciales le proporcionaban para nuestros puertos y los de nuestras colonias, y que hasta entónces se había manifestado neutral, gracias á los trabajos que realizara nuestro embajador Berretti Landi, cedió á las excitaciones de las potencias aliadas, contenta con lo que Inglaterra hizo de influir con el Emperador para que diera cumplimiento al tratado de la Barrera estipulado en 1715, y en vista de la mala situación en que España se encontraba y de las adversidades que tocaba, se unió á la liga, que desde entónces pudo con verdad llamarse: *La cuádruple alianza*.

Tan desastrosos sucesos y tan grandes contrariedades hicieron que al fin pensara el Rey seriamente, y comprendió que eran bien fatales los resultados de la política que Alberoni seguía, y el Cardenal advirtió con gran sorpresa y no menor disgusto que el rostro del Rey había cambiado algunas semanas hacía, revelándose bien claramente que ya sentía hacia él desagrado.

La Reina, por su parte, no podía perdonar á quien en tales apuros y conflictos había puesto á su esposo, aconsejándole empresas de que no podía salir en manera alguna airoso, y esto le hacía estar disgustado, siendo ocasión de que no encontrara en ella el apoyo que esperaba.

Efectivamente; á pesar del mucho afecto que ella había profesado al Cardenal, y á pesar de cuanto en su favor hiciera hasta entónces, no podía ménos de comprender lo desastrosó que estaba siendo su política.

Su desatentado afán por resucitar aquellos pasados tiempos en que España imponía su ley á todo el mundo, aquella especie de obeceacion, digámoslo así, por ganar estados para los hijos de doña Isabel de Farnesio á costa de todo y sacrificando cuanto posible fuera, comenzaba á dar sus resultados.

Precisamente aquellos eran los momentos en que á España le hubiera convenido dedicarse única y exclusivamente á restañar las heridas que le habían producido la prolongada y sangrienta guerra de Sucesion con que había inaugurado su reinado Felipe V.

Es verdad que la política hecha por Luis XIV, política más bien para crear enemistades fomentando celos y rivalidades, y política en la cual nos habíamos visto envueltos, dejó huellas muy profundas entre las grandes potencias, necesitándose para ir cicatrizando aquéllas más bien una política habilidosa y contemporizadora que no un maquiavelismo astuto que pudiera producir una agresion ó un resentimiento á cada paso.

Es verdad que es digno de loa el afán que Alberoni tenía por el engrandecimiento de España; pero ¿estuvo acaso acertado en los medios que para su ejecución empleó?

¿Fue sólo el desinteresado amor hacia la nacion que le había acogido en su seno, el que le impulsó para aquellas empresas que tan costosas nos estaban siendo?

¿Fue realmente suya toda la responsabilidad, ó pudo tener mucha parte en ello el exagerado amor de madre de la reina D.^a Isabel, que á todo trance ambicionaba estados para sus hijos?

¿No pudo también la ambicion personal, el orgullo, la emulacion influir en el Cardenal para su persistencia en aquella política que tan desastrosos resultados nos estaba dando?

¿No pudo también haber su parte de responsabilidad en todo esto al Monarca que, entregado á sus escrúpulos, á sus aprensiones ó á sus recuerdos, abandonaba la gestion gubernativa en manos de la Reina y de su ministro?

A nuestro juicio el mal estuvo en todos, y particularmente en la mala estrella que tiempo hacía venía presidiendo los destinos de España.

Con muchos recursos contaba ésta; pero la verdad es que todos se iban agotando en las arriesgadas empresas en que se hallaba envuelta.

Alberoni quería sostenerse á todo trance, y á este fin sólo manifestaba al Rey la parte que de los despachos le convenía, ocultando lo que á su cálculo era deplorable. Para poder hacer esto tuvo que ordenar que los pliegos que vinieran de los ministros de las cortes extranjeras le fueran remitidos á él, dándose el caso de que los ministros y embajadores se vieran obligados á prescindir del primer ministro y entenderse con quien ningun carácter oficial tenía, sino que sólo disfrutaba de la privanza del Rey y de su tácito consentimiento.

Llegó á sospechar que el confesor del Rey le era contrario y que le hacía traicion, revelándole la verdadera desgracia que nuestros asuntos tenían, y acudió á la intriga para derribar al P. Daubenton, haciendo venir de Italia, donde hacía mucho tiempo que residía, al P. Castro, jesuita también como Daubenton, hombre de gran talento y muy conocido de la Reina, con quien esperaba sustituir al que se figuraba era causa del cambio que para con él se había operado en el Rey.

Mas ya no era tiempo de poder recurrir á intrigas para sostenerse; había brillado mucho ya el sol de su fortuna, y hasta natural era que principiara á declinar, y así fué, como veremos.



AGRESION DE QUE FUÉ OBJETO EL CARDENAL ALBERONI.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.